

**A**probé las oposiciones de Agregado de Fisiología en diciembre de 1980. De entre las tres plazas que había (Sevilla, La Laguna y Salamanca) escogí, para asombro del funcionario del Ministerio (el célebre señor Sierra), Salamanca. En febrero de 1981, el día después del 23-F, emprendí viaje desde Granada a Salamanca. Eran unos 700 Kms., de los que sólo 120 eran de autovía. Recuerdo que cuando llegué a la altura de Peñaranda de Bracamonte, ya muy cansado, no veía más allá de 50 metros. La niebla era densa. Lo poco que veía eran árboles helados y cables de teléfono blancos. Llegando a Salamanca sufrí el paso de tartana de tractores acarreado lo que luego supe que era, remolacha. ¡Un viaje atroz! Entre la incertidumbre política, el clima y el cansancio empecé a preguntarme dónde me había metido.

Ya en Salamanca, callejeé totalmente perdido durante media hora y aparqué el coche en una calle. Para poder volver busqué la placa, leí “Avenida de Italia” y lo apunté. Un taxi me llevó a la Facultad de Ciencias. Quería encontrar a una persona que me habían recomendado en Granada, Carlos Dorronsoro. Carlos, además de Agregado de Edafología y granadino de origen, resultó ser la mejor persona del mundo, amable y dueño de un carácter socarrón que intentaba enmascarar una finísima ironía. Conocerlo fue lo mejor que me pasó a mi llegada a Salamanca; sentí que, a principios de los 90, se volviera a Granada, para reencontrarse con un clima más benigno. Cada vez que bajo procuro buscarlo y retomamos la amistad, cervezas mediante, exactamente en el mismo punto.

Años más tarde, por desgracia mucho más tarde, empecé a colaborar con Antonio López Eire. Para mí fue una sorpresa descubrir que su forma de ser se parecía mucho a Carlos y eso me predispuso favorablemente. Digo que fue una sorpresa porque a Antonio lo conocía desde hacía muchos años, pero, en realidad, conocerlo,

conocerlo de verdad, fue algo que no conseguí hasta el año 2002, cuando empezamos a planear el proyecto Dioscórides. ¡Qué de vueltas dimos tratando de conseguir apoyos y evitar obstáculos! ¡Cómo disfrutamos discutiendo la manera de organizar el proyecto! Al final superamos las trabas y conseguimos la financiación.

Durante casi 16 meses trabajamos en los diferentes aspectos de lo que sería una obra, para mí, inolvidable. Aprendí como trabajan los humanistas auténticos. Disfruté escuchando sus aclaraciones sobre aspectos que no estaban en el manuscrito. Y comprendí que el verdadero experto no se impone nunca, te hace creer que has llegado a un acuerdo. Pero, lo más importante, es que, desde ese momento, me pude llamar amigo de Antonio.

A lo ya dicho de su forma de ser tendría que añadir que su cultura era sorprendente, su amor al conocimiento, inabordable; su modestia, inimaginable; su cortesía, innata; y su calidad humana, desbordante. Cuando algo más tarde conocí a Maíta empecé a comprender el porqué de la alegría serena y de la tranquilidad contagiosa de Antonio. No creo haber visto nunca una compenetración tan perfecta entre dos personas. He sentido mucho su muerte por él y de manera muy especial por ella. Nosotros hemos perdido a un amigo, ella a su natural complemento.

*Alejandro Esteller Pérez*